

LA DELINCUENCIA

Una visión diferente

Hace algunos años, Paz Ciudadana promovió un estudio que consistía en entrevistar a delincuentes recluidos en las cárceles, acerca de su infancia, su familia, sus primeros pasos en la vida. Y llamó la atención que ocho de cada diez entrevistados dijeron haber sido maltratados, de niños, en sus hogares. Habían pasado, niños aun, de un hogar en que no se sentían queridos y en que no eran felices, a la calle, donde se iniciaron a otra vida que les ofrecía otras posibilidades de “ser felices”, - ¡talvez!: el sexo, el alcohol, la droga y, para lograr eso, el robo, la violencia, el crimen y, finalmente, la cárcel, o la muerte en algún arreglo de cuentas con otros delincuentes o con la policía.

Cuando se habla de delincuencia, a nivel privado, se piensa en alarmas en las casas y en los autos, en guardianes particulares, en guarda espaldas, en camiones de seguridad para el transporte de dinero, en cajas de fondo, en la tenencia de armas para la defensa propia...

Cuando se habla, a nivel público, se piensa en aumentar la dotación de carabineros, de policías o de gendarmes; en reformar el Código Penal; en aplicar la pena de muerte; en construir mas cárceles y cárceles más seguras; en tolerancia cero, y otras medidas similares.

Todas estas medidas pueden ser necesarias y son eficaces, en cierta medida. Pero la delincuencia se mantiene, crece incluso, se tecnifica, se vuelve mas agresiva y mas violenta. Y esto no es en Chile solamente, es en todo el mundo occidental, salvo excepciones.

¿No será que nos ocupamos mucho de la “delincuencia” y de sus víctimas pero nos olvidamos del “delincuente”? Y ahí estaría la raíz del problema. Nuestra sociedad produce, forma delincuentes. Y cuando estos entran a actuar como tales, los combate. Pero los sigue produciendo y formando.

El delincuente -y no solo el que sale de los barrios pobres- es fruto de una cultura, de una cultura que tiene enfermo a Chile y a gran parte del mundo occidental. Una cultura que rinde culto a dos ídolos: el placer y el dinero.

El placer se da en el alcohol -de los bares clandestinos, de las “discotheques” juveniles o de los “centros de eventos” sofisticados-; en la droga -desde la marihuana de los escolares hasta la cocaína del jet set-; en la “farándula” de la pantalla y de la prensa, que usa y abusa del cuerpo femenino como objeto erótico. El sexo prematuro; el embarazo adolescente; el manejo descontrolado de los anticonceptivos; el aborto provocado y justificado, como un acto lícito y bueno; la prescindencia, la postergación o la inestabilidad del matrimonio, reemplazado por el encuentro pasajero o la pareja de corta duración y sin compromiso ni responsabilidad; la baja de la natalidad, el alto porcentaje de niños que nacen fuera del matrimonio; la aceptación y la defensa, como opciones normales y buenas, de las desviaciones sexuales; todos estos son signos de una cultura basada en el placer, a la que muchos ven como decadente.

Al debilitarse la familia deja de funcionar la escuela en que se formaba el pueblo chileno, la que transmitía los valores y las costumbres que no socializaban, que nos ayudaban a crecer, a madurar, a llegar bien a la edad adulta. Se abrieron en cambio, al margen del parvulario, de la escuela básica y del liceo, otras escuelas: la calle, el sitio eriazo, la discoteca y, más al alcance de todos, la pantalla, que muestra todo, que incita a todo.

Los excesos de la publicidad, la ostentación del lujo y del despilfarro por los que tienen como hacerlo, en contraste con la indigencia que persiste, crean una mentalidad materialista, consumista, en que el dinero, bien o mal adquirido, logrado o solo codiciado, pasa a ser el ídolo ante el cual se sacrifican todos los principios morales, entre otros el “no robarás” y el “no matarás”. El robo y la violencia suelen ser los temas básicos de la delincuencia, a todos los niveles de la sociedad.

Desde los años 60 del siglo pasado, se ha extendido por todo el mundo occidental la cultura del permisivismo moral y del consumismo sin freno, de la irreverencia, del destape y del robo, abierto o solapado. El mundo occidental se va ganando el desprecio creciente de culturas más sanas que subsisten en otros continentes. El odio del mundo musulmán, y de gran parte del mundo asiático y africano, al mundo occidental, se debe, en gran parte, a la indignación que produce en esos países el estilo de vida que ostenta nuestro mundo, en que el dinero y el destape parecen ahogar todos los valores morales, tradicionales y, hasta ahora, universales, en que se sustentaban el orden y la paz. Sin embargo, el abandono de la ética natural –y de la fe religiosa que en gran parte la sustenta– no duran eternamente. Los pueblos que han seguido ese camino, tarde o temprano han vuelto atrás, o han desaparecido de la historia. Cuando el péndulo de la conducta humana se pasa a un extremo y se queda demasiado tiempo en el,

se produce un desastre. El poder político debe intervenir. Porque el pueblo sale dañado. Lo mejor que tiene Chile es su pueblo: no dejemos que se nos envilezca: dignifiquemosnos. Aprendamos a respetarnos y a hacernos respetar; a respetar a los demás y a hacerlos respetar.

+ Bernardino Piñera C.,
Arzobispo Emérito de La Serena